

Manifiesto del disfrute de la muerte

KAREN MÁRQUEZ



ILUSTRACIÓN: JORGE MORENO

La muerte no nos ha tomado por sorpresa; solo hemos visto, como nunca, su trabajo más intenso. No se ha escondido tras la casualidad o al final de una dolencia, ha salido a pasear entre la rutina y la fragilidad del ser. Ha reclutado malas costumbres abrazos, descuidos, y los ha vueltos sus aliados. Ha develado desde su puesto de ‘encargada del equilibrio mundial’ las noticias guardadas en el cajón de los miedos.

No ha tenido piedad, como en realidad nunca la ha tenido; pero ahora es para ella más divertida la tarea porque la persiguen los medios, que la replican y la vocean y nosotros desde el primer palco aplaudimos. Y lo hacemos tantas veces que empezamos a disfrutarlo sin darnos cuenta. Es complicado pensar que podemos acoplarnos porque no nos queda de otra. Sin embargo, la propuesta de la verdadera vida, bien concienzuda, es el disfrute de la muerte.

Entonces, la concepción positiva y de contento por aquella malvada ley, ente, espíritu, se suma a nuestra cotidianidad y ya no nos duelen tanto los muertos; y el temor de ver partir a alguien desde casa, pasa a quinto plano: ya tenemos la valentía de saber incluso, hacer una mortaja. Nos regocijamos al hablar de las cifras a pesar de que en ellas existan familiares nuestros; nos

gozamos en contar la supervivencia como un toreo a 'la propia verduga'. Nos contentamos en conocer como luce un cuerpo en sus horas finales e incluso, nos satisfacemos en comentar lo rápido que superamos su pérdida. Pero, para quien aún no ha logrado bañarse en el mar de la 'aparente fortaleza' propongo letanías de sarcasmo ante el desasosiego.

Yo no lloro ante lo natural porque lo natural me ha construido y la muerte es natural, algo ineluctable de lo que día a día he aprendido; porque he muerto y he renacido, aunque siempre lo olvido.

Yo no tiemblo ante lo inevitable porque conmigo ha convivido, ha respirado detrás de mi cuello, y muchas otras veces me ha advertido... Porque me he levantado y caído, aunque siempre lo olvido.

Yo no me quiebro ante lo irremediable porque siempre he encontrado un consuelo. Si ahora ella se ha llevado a los otros, ¡ha pasado lo mismo que antes, pero sin duelo! ¿Por qué deberían dolerme los rituales si debo aprovechar al vivo y no al muerto?

Entonces, a tatuarnos estas frases en nuestra sensibilidad hasta que descubramos que el dolor empieza en el pensamiento, que comienza en el lenguaje, en la consciencia del impacto de cada palabra. Disfrutemos de la muerte como el comienzo de la nueva vida, como un baño de cambio a nuestras perspectivas.

